

El reportaje como obra literaria

El Nobel a Alexievich puede leerse como un reconocimiento a Anna Politkóvskaya y otros periodistas que pagaron caro sus denuncias de los abusos y crímenes en la ex Unión Soviética.

Por **Juan Cristóbal Peña**

Cuando los periodistas han publicado algún libro periodístico de cierto impacto, es común que a la hora de las entrevistas venga otro periodista y le pregunte si en el futuro piensa aventurarse en la ficción. Un libro de cuentos, una novela, se sugiere, como si ese supuesto cambio de giro significara algo distinto y, sobre todo, algo mucho mejor: un salto hacia un estatus superior en el universo literario. Pues bien, esa idea tan extendida de que el periodismo no forma parte de la literatura –y si forma parte, no es más que un género menor– ha quedado en cuestión por obra de la academia sueca.

Svetlana Alexievich es la primera periodista en recibir el Nobel de Literatura. Más bien, la primera en que su obra periodística es reconocida por su valor literario. Crónicas y reportajes que hablan de los desastres y horrores del antiguo imperio soviético y de la Rusia actual. El reconocimiento es tremendamente significativo, aunque tardío. Hace mucho rato que el periodismo viene demostrando que es un arte literario como el que más, sobre todo si ese arte –como ocurre con Alexievich– trabaja con técnicas narrativas para documentar la miseria y el dolor humanos.

El ejemplo clásico, propio de una materia de primer año de una escuela de periodismo, está en *A sangre fría*, el título de Truman Capote que inaugura la literatura de no ficción. El crimen de una familia en el sur profundo de Estados Unidos puede

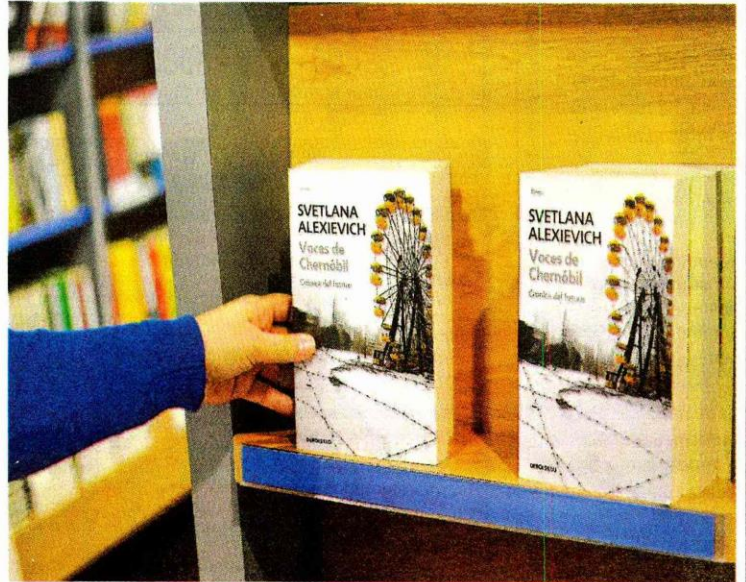
ser contado y leído como una novela. Luego vendría el ejemplo del polaco Ryszard Kapuscinski y sus formidables y atroces relatos sobre la violencia en África. Kapuscinski, de hecho, murió como gran favorito al Nobel. Pero antes que ellos están los soviéticos, los grandes narradores del horror.

Como periodista de Estrella Roja, Vasili Grossman cubrió la batalla de Stalingrado y luego, con el avance de los soviéticos, documentó los campos de concentración y exterminio que los nazis abandonaban en su huida. Su relato sobre el campo polaco de Treblinka es una pieza magistral, poblada de detalles macabros, que al igual como hace Alexievich le da voz a las víctimas. Muchísimo antes de que la academia sueca lo decretara, Grossman demostró que un despacho de guerra es ante todo una pieza literaria.

Como ocurre con el Nobel, lo que se premia no es sólo un talento. En ese entendido, en el Nobel a Alexievich parece estar representando un reconocimiento póstumo para Anna Politkóvskaya y otros periodistas de excepción que pagaron caro sus denuncias de los abusos y crímenes en la ex Unión Soviética y lo que queda de ella.

El Nobel de Literatura 2015 es entonces, también, un premio al coraje. Al coraje y al periodismo. Desde ahora la pregunta puede invertirse. Los periodistas pueden comenzar a preguntarle a los escritores de ficción cuándo es que se animarán a escribir crónicas.

Director de la Escuela de Periodismo de la U.
Alberto Hurtado. Autor de *Los fusileros*.



►► *Voces de Chernóbil* (1997) acaba de ser traducido al español y llega a la Filsa. FOTO: EFE

